

COMO PENÉLOPE

Jorge Humberto Correa Díaz

Las hojas del mango que domina el patio son las únicas que corren de un lado para otro, arrastradas por la ventisca que presagia otro aguacero. Desde hace dos días salimos de Miraflores, en medio de las habituales tormentas de junio, para visitar escuelas que han sido cerradas en los últimos años y evaluar su estado.

Se trata de una labor sencilla, nada más diligenciar un formato y tomar algunas fotografías; pero ahora que veo rodar las hojas de mango siento que hay algo más allá de los registros. Estas paredes de madera y los pupitres arrumados en un rincón están hablando de un abandono no deseado, de una permanente esperanza de regreso. Mientras fotografiaba los espacios, la voz de Camilo, el motorista, me advirtió la llegada de más personas; eran dos hombres y una mujer, todos indígenas, que se identificaron como miembros de la asociación de padres de familia de la escuela de Bocas de Cumare. ¿Una asociación de padres de familia en una escuela sin niños?, pregunté. Doña Hilda Chagres me respondió con claridad, «niños sí hay, pero poquitos; ahora van al internado de Bacatí, y estamos esperando a que la gente regrese para que nos vuelvan a abrir la escuela». Intervino, entonces, don Euclides; «en el 2015 teníamos diez en la escuela, seis niños y cuatro niñas, eso era bonito cuando veníamos y nos reuníamos con el profe, preparábamos sancocho y jugábamos fútbol hasta que se iba el sol. Pero al final del año aparecieron los que nos arrancaron las matas; era un montón de gente que llegó en dos helicópteros, se bajaron, cogieron machetes y palines y nos arrancaron todo lo que teníamos, ya estaba listica para raspar la hoja, pero no nos dejaron nada. Entonces la gente se fue; unos cogieron caño arriba, y dicen que están por allá cerca del Papunagua, otros cogieron para los lados de Carurú. Acá ya no se puede sembrar la hoja, pero tenemos las chagras y no nos morimos de hambre. Algún día volverán, esta tierra es bonita para vivir, así no haya trabajo».

Los primeros goterones del aguacero comenzaron a detonar sobre el zinc y nos alistamos para zarpar; «póngase la carpa de una vez y meta debajo los papeles, no sea que se le mojen», dijo doña Hilda. La imagen de la asociación de padres de familia despidiéndose desde un corredor de la escuela, desapareció en la primera curva del caño Bacatí.

Tras casi dos horas de recorrido, bajo un aguacero descomunal, desembocamos en el río Vaupés; ocho curvas más y llegamos a Puerto Santander. Camilo me indicó que bajara todo el equipaje porque tocaba pernoctar acá. Eran apenas las tres de la tarde y pensé en decirle que continuáramos, pero las canas de Camilo y su conocimiento del río eran un argumento más que suficiente para obedecer. Esperé hasta que descargara por completo el deslizador y me fui detrás de él. Entramos a una casa esquinera que parecía deshabitada y Camilo saludó; desde el fondo de un corredor oscuro salió una voz recia de mujer «¡sígase!».

Con una breve presentación, antecedida por palabras de nostalgia de parte y parte, «¡qué milagro!, me acuerdo cuando usted venía dos veces por semana con remesa y mercancía; hacía como seis meses que no venía, ¿no?», Camilo describió con laconismo el motivo de mi visita, «el señor viene a ver cómo está la escuela». Hubo un silencio escasamente interrumpido por los sorbos del tinto que la señora Verónica nos había preparado. Se oía música a lo lejos.

«¡Qué tristeza la escuelita!», dijo la señora Verónica, «imagínese que por allá en el noventa y nueve o dos mil tuvimos que pedir dos profesores, porque la que había no daba abasto con tanto niño; eran casi cincuenta. En esa época esto se movía verracamente; ¿se acuerda Camilo? En el puerto no cabían las falcas y todo el día los coteritos tenían trabajo. Había genticita y los niños hacían bulla con sus juegos y gritos. Cuando llegaron los erradicadores, algunas familias se fueron, pero la mayoría nos quedamos; nos unimos, hablamos con la Junta y fuimos a buscar al que los mandaba. Era un capitán de apellido Báez. Buena gente. Nos dijo que recogiéramos lo que pudiéramos, que sus muchachos arrancaban algo, pero que nos dejaban otra partecita para que trabajáramos. Así duramos como un año, pero cuando cambiaron al capitán todo se vino abajo. El nuevo nos tumbó todo. Nos fuimos en grupo a hablar con él para negociar, pero no quiso. Entonces decidimos hacer el paro; nos metimos a las chagras día y noche, nos turnábamos para no dejarlas solas, con eso, cuando llegaban, tendrían que matarnos para que los dejáramos tumbar las matas. Lástima que el 12 de septiembre de 2016 sucedió de verdad; uno de los soldados le disparó a José Olivo, el presidente de la Junta, lo dejó malherido y tuvimos que sacarlo de urgencia. Con eso la gente se asustó; entre septiembre y diciembre se desocupó el pueblito. Así fue».

Caía la tarde y el cielo exhibía un arcoíris intenso. Pedí a don Camilo y a doña Verónica que me acompañaran a la escuela. La primera impresión fue de sorpresa; aunque la cerca oxidada y tres persistentes matas de habichuela de una antigua huerta escolar mostraban los vestigios de tiempos mejores, en general el aula y el resto de construcciones estaban muy cuidadas, incluso en la pared al lado de la puerta, aún permanecía un amarillento autocontrol de asistencia. Todos los seis estudiantes habían asistido al último día de clases el 17 de noviembre de 2016. «Se mantiene bien la escuela», dije. Pasaron dos largos minutos antes de escuchar a doña Verónica, «cada mes hacemos mandato y siempre la limpiamos. Algún día tendremos niños, la esperanza no se muere».

Al día siguiente madrugamos para seguir remontando el río hasta nuestra próxima parada. El cielo parecía haberse descargado del todo y el inmenso azul servía de marco perfecto para resaltar la multiplicidad de aves que atravesaban el río a las cinco y media de la mañana; el vuelo angustiado de los tucanes, la sombra espectral de los garrapateros, el sorpresivo chapuzón del pato agujeto, la regia soledad de la garza mora y el juego de carreras del Martín pescador al lado del deslizador, nos acompañaron durante todo el viaje. Después de pasar por Lagos de Jamaicurú, la Vuelta del Alivio, Lagos del Paso, Lagos del Dorado y Puerto Nare, a las diez de la mañana arribamos a Miraflores para tomar un rápido desayuno, caldo de pescado y huevos con arroz; conseguimos combustible para

el resto del viaje y zarpamos inmediatamente. Camilo rompió el silencio cuando cruzamos por las bocas del Caño Miraflores, «por este caño adentro hay varias escuelitas cerradas también», dijo, «la gente se ha ido de todas partes».

El ruido del motor me arrulló un largo rato. Solo me desperté cuando disminuyeron sus revoluciones y arrimamos a un destartalado muelle de madera entre las ramas de la orilla occidental del río. «Si trajo botas, póngaselas, y saque nada más su maleta, porque hay que caminar como una hora». Obedecí a Camilo y emprendimos el camino por un sendero oscuro, en medio de la selva, con trechos en los que las botas se enterraban en el barro. Tras una hora de camino y sudor, salimos a unos potreros en los que escasamente se alcanzaban a divisar seis vacas; media hora más y llegamos a un sitio paradisíaco, bordeado por el caño Las Flores, el mismo nombre de la escuelita, Caño las Flores. Era una construcción de madera que, a simple vista, denotaba el empeño con el que fue hecha; el enchambrado de los corredores y ventanas, elaborado con finos listones que se entrecruzaban formando rombos, los tonos aún vivos del naranja y el azul, y unas uniformes macetas de madera que rodeaban toda la escuela, ahora sin flores, daban cuenta del cuidado que tuvieron por esta escuela.

«Tómele fotos y vamos; allí a unos diez minutos vive don Grigelio». Hice lo propio y seguí nuevamente a Camilo. Los perros anunciaron nuestra llegada. En una casa grande, al lado de un corral, encontramos a don Grigelio, un hombre de unos setenta años que vivía con su esposa y su sobrina. Les pregunté por la escuela y la causa de su cierre; comenzó la esposa, doña Rosalba, «Acá fundamos cuatro familias que veníamos todos del Tolima; eso fue por allá en el ochenta y tres. Todos ya veníamos con guámbitos de seis a catorce años, ¿cierto mijo?, la mayor de todos era Susanita, que vea, todavía vive con nosotros. Entre toda esa chinamenta sumaban como trece, ¿cierto mijo?, los cinco nuestros, los cuatro de mi cuñada Susana, tres de mi otro cuñado, Alberto, y la del señor Méndez, que no era de la familia, pero como si lo fuera. Nosotros mismos construimos la escuela y fuimos hasta San José para hablar con el comisario de ese entonces, cuénteles mijo, mientras arreglo una gallinita para el almuerzo de los señores». Don Grigelio tomó la palabra con una voz de eterno fumador, «sí señor, el comisario era Villamizar y nos fuimos a pedirle que mandara un profesor, que nosotros le dábamos una pieza y comida, y que él le pagara un sueldo. Méndez llevó una foto de la escuela y se la mostramos antes de hacerle la petición; era importante que supiera que los niños no iban a recibir clase debajo de un palo de mango. A los dos días ya estábamos regresándonos desde Calamar con el primer profesor, el profe Valencia; nos acompañó como seis años. Cuando él se fue y mandaron una profesora, ya había más de veinte muchachos estudiando. Pero vea, uno se va volviendo viejo, los hijos van creciendo. Todos se fueron a vivir a otros lados y solo nos quedamos los ancianos. En el 2013 y el 2014 se mantuvo la escuela porque le rogamos al hijo mayor que nos dejara a dos nietecitos, y lo mismo hizo Susana con tres de sus nietos. Pero usted sabe, papás son papás. Esos niños estaban muy bien acá con nosotros, ahora no tienen ni dónde jugar allá en Bogotá, eso me dicen cuando podemos hablarnos».

«Sí ve mi señor», terminó doña Rosalba con una sonrisa picarona, «acá se acabó la fábrica de hacer niños y nos quedamos sin escuelita. Pero los hijos ya se quieren devolver ahora que la situación está mejor. Bueno, pasen y les sirvo el sancochito».

Camilo le pidió prestada una exploradora a don Grigelio porque íbamos a navegar de noche. Entre un cuarto lleno de cachivaches y herramientas encontró una; «tiene un gallito cuando se calienta mucho, pero funciona. Me la deja en el pueblo cuando regrese, qué se va a pegar esa caminata hasta acá».

El regreso por el camino embarrado se sintió más corto. Faltando un cuarto para la seis arrancamos y nos cogió la noche entre los meandros del río Vaupés. Navegar en noches oscuras tiene sus riesgos, pero ahora puede hacerse; Camilo me contó que hasta hace unos pocos años era imposible, no tanto por los riesgos de estrellarse, desviarse de la ruta o por los zancudos pertinaces que inundaban el bote atraídos por la luz de la exploradora, sino porque estaba rotundamente prohibido, el riesgo era la muerte.

Antes de las diez de la noche llegamos a Barranquillita, allí pernoctamos ese viernes, pero fue difícil dormir; la música provenía de las tres bodegas más grandes que parecían competir por cuál tenía el equipo de sonido más potente. La gente celebraba, tomaba cerveza y bailaba, algo que antes era imposible en esta zona.

No madrugamos tanto, Camilo se había tomado unas cervezas y se quedó dormido hasta las siete. Desayunamos con fruición y seguimos nuestro viaje por el río. A los pocos minutos llegamos a las bocas del río Unilla y seguimos por él un trecho igualmente corto; Camilo bajó la velocidad y señaló a la izquierda, «esta escuelita también está cerrada»; solo alcancé a ver seis columnas de madera consumidas por el fuego, que sostenían débilmente algunas tejas de zinc igualmente tiznadas. «¿Qué pasó?, ¿por qué no nos bajamos?», pregunté. «Porque es peligroso, parece que todavía quedan minas. En Puerto Colombia nadie se baja, tampoco vive nadie. Tómele las fotos desde acá si quiere». Le pedí a Camilo que me contara con más detalle lo que había pasado. «Vea, en el 2011 hubo problemas con la guerrilla; ellos estaban subiéndole el precio a la vacuna y la gente les decía que no podían más, entonces comenzaron las amenazas, y la gente qué podía hacer, quedarse para que les hicieran algo o irse a buscar suerte en otro lado. La mayoría está viviendo del rebusque en Calamar, otros pocos se fueron para Villavo. En el 2012 mandaron profesor, pero solo había un niño para estudiar, entonces apenas duró un mes; imagínese un profesor para un solo niño. Cuando se desocupó la vereda, cuentan que esa gente del monte quedó muy brava, y entonces sembraron minas por todo lado, como para que no volviera nadie. Claro que la cosa parece que va a cambiar; los desminadores ya están cerca, vienen por la La Reforma y por ahí en un mes estarán por acá. Yo creo que si eso pasa muchos se regresan; tengo tres amigos en Calamar con fundo en Puerto Colombia, y ellos me dicen que están pensando seriamente en volver. Si quiere arrancamos ya para que no nos coja la noche; sería bueno llegar temprano

a Puerto Zancudo, yo necesito descansar y pasar el guayabo», por primera vez vi una sonrisa en el rostro de Camilo.

El río Unilla se va angostando de curva en curva, por eso la velocidad debe reducirse. En el trayecto entre Puerto Colombia y Puerto Nuevo nos encontramos de frente con dos lanchas cargadas que bajaban hacia Miraflores o Mitú; son tan grandes que tienen que abrirse completamente para tomar las curvas. Chocar contra una de ellas es un peligro. En Puerto Nuevo sí pudimos apearnos del deslizador y estirar un poco las piernas; entramos a una bodega en la que cuatro hombres jugaban billar y tomaban cerveza animadamente. «Buenas tardes los señores», saludaron con amabilidad; uno de ellos, un afrocolombiano sonriente y de rostro bonachón, se acercó a Camilo, me miró de reojo y le dijo algo al oído. La historia de Puerto Colombia me tenía nervioso y este gesto me puso alerta; si bien ya se respiraba otro ambiente en esta región, todavía se hablaba de las disidencias y comencé a pensar lo peor. Camilo transmitió el mensaje de inmediato «que si quiere una Póker».

Después de la cuarta cerveza me contaron la historia de esta escuela. Solo habló Cundumí, el afro bonachón y dueño de la bodega; «fácil, los niños crecieron y la gente ya casi no tiene hijos. En el 2014 había siete niños en la escuela, y cinco de ellos ya estaban en quinto; entonces para el 2015 los grandes se fueron para el internado de La Unión, en Puerto Zancudo, y se llevaron a sus hermanos menores. Así se cerró la escolita. Pero nada de nervios, la gente está volviendo y yo creo que en unos dos o tres años toca volverla a abrir». De la nada, otro de los jugadores de billar que había desaparecido hacía unos minutos, llegó con una olla. «Acá les manda mi mujer este pedacito de lapa con yuquita, para que no los coja la cerveza». Antes de comer, tomé algunas fotografías de la escuela, que se mantenía en buenas condiciones. La conversación estuvo amena, nos dijeron que nos quedáramos y que nos invitaban a pescar, pero Camilo insistió en zarpar pronto, y así lo hicimos.

Es tan fácil pasar de la zozobra a la tranquilidad, tanto más cuanto la gente respira hospitalidad y alegría. Creo que todo el viaje hasta Puerto Zancudo tuvo estampada en el rostro una sonrisa de paz.

El último día de viaje lo iniciamos tarde, era domingo. Entre Puerto Zancudo y Puerto Palmas navegamos dos horas y media con lluvias intermitentes. La señora Libia estaba lavando ropa en el río. Le expliqué el motivo de mi visita; ella tomó su platón con la ropa lavada y nos dijo que la siguiéramos. Llegamos a la escuela y tomé las fotografías de rigor. «¿Le abro la puerta?, yo tengo las llaves», dijo. Ya en el salón, doña Libia comenzó a mostrarme dónde tenía guardadas las cartillas de Escuela Nueva, algunos juegos didácticos que se conservaban en perfecto estado, cinco balones, dos colchonetas, un mapamundi, tres computadores portátiles y una colección de libros infantiles que ella cuidaba como un tesoro. «Acá la cosa fue de un momento a otro. Éramos doce familias en la vereda, casi todas con más de un hijo pequeño, menos mi marido y yo, que ya tenemos a los hijos jechos. Había niños pequeños como para que la escuela se mantuviera por

mucho tiempo, pero llegó don Echeverri, un señor del pueblo y a cada uno le ofreció una plata por su finca. Como la situación estaba dura, porque ya la coca no vale la pena, la gente le vendió facilito. Todos se fueron, menos nosotros, porque nos contrató como encargados de la hacienda; de eso comemos y no nos va mal». Nos despedimos con nostalgia de esta última visita.

Calamar aparece de sopetón. De un momento a otro el denso bosque de galería se transforma en casas de tres pisos que ahondan sus cimientos en el río. Al descargar el deslizador y despedirme de Camilo, pienso que estas escuelas revivirán de igual manera, de sopetón, porque la nueva situación del Guaviare y la nueva sensación de paz hacen que la gente quiera, como la canción, “volver siempre a los viejos sitios donde amó la vida”. Bocas de Cumare, Puerto Santander, Caño las Flores, Puerto Colombia, Puerto Nuevo y Puerto Palmas no son solo aulas cerradas, son sitios que esperan, como Penélope, el regreso de sus valientes Ulises.